

LA CÓRNEA IMAGINACION DE LA "AFICION"

O.C. Tomo XI



Al final del primer artículo que en el *Times* dedicó su propietario, lord Northcliffe, al activo ejército de agentes alemanes — calculado en unos 80.000 — en España decía así:

«En una excursión en moto de unos 1.300 kilómetros encontré partidas de peatones y de motociclistas alemanes, todos empleados en la misma obra de propaganda. Su tarea es más fácil a causa de que el público general español no está muy interesado en la guerra. En España no es la cuestión vital que en Inglaterra, en Francia y hasta en Suiza. En los periódicos nuestra Gran Cruzada ocupa a las veces una posición menor y en la mayoría de ellos se trata más de las corridas de toros o del último crimen que del más grande suceso de la historia del mundo.»

Y así es, y es muy natural

Crimen por crimen, nada nos extraña que el de don Nilo excite más el interés en España que el de las deportaciones en masa de niños y mujeres desde la Francia ocupada por el ejército del Kaiser al interior de Alemania o que el fusilamiento de miss Cavell. Los lectores creen que es más fácil tropezar en España con un don Nilo que no con un coronel prusiano que le haga arrestar a uno para que le lleven a Prusia a trabajar quieras y que no. Y hoy por hoy el lector tiene razón, o parece tenerla.

Pero aparte de esta razón de orden pragmático—Cruce diría económico—hay otra de orden estético o teórico si se quiere, y es que el lector, aficionado a los toros casi siempre, siente mejor el encanto estético del crimen de don Nilo, que no el de cualquiera de esos otros crímenes tácticos. Un fusilamiento es una cosa tan sosa, junto a eso de hacerle a uno picadillo con un hacha o de enterrarle debajo de unas baldosas! O, cómo se va a comparar el hundimiento del «Lusitania» con las hazañas del Pasos Largos? Sí, que les vayan a los rondinos—sabido es que hubo una famosa escuela de tauromaquia rondeña—con las hazañas guerreras!

Hay más. Recientemente dos alemanes que vivían en la Gran Canaria, faltos sin duda de la admirable disciplina de su patria, han sentido brotar en sí al hombre natural, al no comprimido por la *Kultura*, y en vez de hacer lo que se les ordenaba han hecho lo que les ha venido en ganas, despachando al otro mundo a un pobre farmacéutico. La colonia alemana de Canarias está, por supuesto, consternada por la barbaridad de esos sus dos compatriotas desmandados de la «*Kultura*», y no es para menos. Y de seguro que piensan que a esos dos pobres sujetos no les habría sido tan fácil o les habría sido imposible hacer tal barbaridad en su propia tierra. Por de pronto se les habría mandado al frente donde se hubiera sabido aprovechar sus instintos encarrilados por buen camino patriótico. Porque es sabido que en Alemania, como en todas partes, pero acaso más que en otras la guerra sirve para aprovechar aptitudes que en tiempo de paz se embotan por falta de legal empleo.

Pues bien; esa hazaña ilegal de esos dos desgraciados que han roto el freno de la *Kultura* germánica, trastrocando por ignorancia el verdadero sentido—que es el patriótico—del imperativo categórico, y que con tan justa razón tienen disgustada e indignada a la culta, laboriosa, industriosa, diligente, disciplinada y patriótica colonia alemana de Canarias—colonia, además, como alemana que es, profundamente hispanófila y entusiasta de España—ese crimen interesa aquí más, mucho más que lo que esos dos pobrecillos habrían hecho, bajo una severa disciplina, en Bélgica o en Flandes. Lo que tiene que indignar a los buenos alemanes, porque no se puede ni se debe juzgar del espíritu de un país por lo que haga uno de sus hijos suelto y desmandado. A los hombres hay que juzgarlos por lo que hacemos en colectividad y bajo la férula de nuestros amos.

Pero el que los crímenes y las corridas de toros interesen más que la guerra, es una cuestión del mayor o menor poder imaginativo. Si nuestro público no se interesa mucho en la Gran Cruzada como la llama lord Northcliffe débese a falta de imaginación. No es lo mismo «leer que fué segado un regimiento entero o que apareció la trinchera llena de cadáveres o que los tripulantes de un *zeppelin*

cayeron carbonizados, que «ver, por propios ojos, un caballo con las tripas a rastras, o un primer espada ensartado por el muslo en el asta del toro. El que lee la revista de toros—modelo casi siempre de castiza prosa y de profunda intuición realista—ha visto corridas de toros y puede imaginarse lo que allí se le reseña, pero, cómo va a imaginarse una batalla, por bien que se la describan? Además, que con todos esos enrevesados nombres geográficos franceses, rusos, alemanes, húngaros, rumanos, búlgaros y hasta italianos—pues hasta el italiano resulta enrevesado para nuestra «afición»—cualquiera se entera...! Es mucho más clara la terminología tauromáquica.

No, no hay que darle vueltas; para la imaginación comeada de nuestros «aficionados»—a corridas o a crímenes sensacionales, que es igual para el caso—la guerra no puede tener interés. Por mucho que se esfuerzen «Armando Guerra», el «Capitán Viriato», el «Schneider» y demás revisteros militares, no podrán nunca competir con «Don Modesto», «El Barquero» y los demás críticos taurinos. Es cuestión de dotes imaginativas y nada más.

Algo está ayudando el cine, hay que confesarlo, al desentumecimiento de la córnea imaginación de nuestro público de «aficionados». Las truculencias vistas le están despertando el interés, digamos estético, de otros espectáculos. Pero váyales usted con la guerra!

Y menos mal con la guerra en su aspecto material y externo. Nuestros trogloditas aturcados llegan a entusiasmarse con la noticia de un asalto de las tropas de Hindenburg, y sobre todo cuando hay números de bajas y de prisioneros y de leguas ganadas. Sobrá todo números. «El

miura tomó diez—o doce o catorce—varas», el espada le dió tres o cuatro verónicas, cinco pases naturales, etc., etc. Una de las ocupaciones del buen aficionado es llevar la estadística. La estadística sobre todo! Como que es el aspecto científico de la afición!!! de la «afición». Todo buen erudito aficionado posee un riquísimo arsenal estadístico y sabe el día y el mes y el año y la plaza en que tomó la alternativa el Tal o el Cual. Y todo buen aficionado germanófilo está fuerte en estadística.

Pero el aspecto espiritual e íntimo de la guerra, el drama interior, el tremendo y solemne conflicto de ideales y de principios, esto exige una imaginación y una conciencia a que aún no ha llegado lo más de nuestro pueblo. Un aficionado a toros o a leer crímenes o al cine truculento, puede ir a ver un drama cuando en él hace el protagonista como que se muere o hay escenas de esas, taumáticamente emocionantes, o gritos e imprecaciones, pero drama interior? conflictos delicados de conciencia? Aquí se ha podido representar «Los Aparecidos», de Ibsen, obteniendo un éxito regular—no más que regular—y ello merced a las habilidades patológicas de algún actor cinematográfico, pero el «Brand», el estupendo «Brand», del mismo Ibsen, eso no se podrá representar en mucho tiempo. Valero lograba grandes éxitos representando aquella mamarrachada que se llama «La carcajada» y Vico haciendo «La muerte civil», otro esperpento pseudo-dramático. Y aún así se les podía decir lo que dicen que dijo Montes u otro diestro—no estoy fuerte en historia taurina—al actor Mañquez que le increpaba desde el tendido: «Señor Miquis, que aquí se muere de veras...!»

Y los que han visto muchas veces morir de veras toros y caballos y alguna vez toreros y correr sangre animal y humana por el ruedo, van a interesarse en que les cuenten que tal o cual regimiento tuvo tantas o cuantas bajas? Y que les vayan con el cuento de que en esta guerra se debate tales o cuales principios. ¿Con esas? ¿A ellos con esas? Saben que no hay nada más serio ni más trascendental que una corrida de toros. Como que hasta se indignan de los que van a éstas no más que a divertirse.

Y tienen razón. Tomar como pura diversión las corridas de toros! Pues no faltaba más...! Si es lo único serio que nos queda en España! lo único «verdad»! lo único en que no hay trampa ni cartón!

Basta comparar la faena del Gallito—a quien, por lo demás, no he visto nunca (mal español!)—con la de Romanones.

MIGUEL DE UNAMUNO



[La Publicidad, Barcelona,
10. X. 1916]

